

Luis Enrique Alonso

Prácticas económicas y economía de las prácticas

CRÍTICA DEL POSTMODERNISMO LIBERAL



COLECCIÓN ECONOMÍA CRÍTICA Y ECOLOGISMO SOCIAL

DISEÑO DE COLECCIÓN: ESTUDIO PÉREZ-ENCISO

DISEÑO DE CUBIERTA: JACOBO PÉREZ-ENCISO

© LUIS ENRIQUE ALONSO, 2009

© CENTRO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ (CIP-ECOSOCIAL)
DUQUE DE SESTO, 40
28009 MADRID
TEL. 91 576 32 99
FAX 91 577 47 26

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2009
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
FAX 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

PRÁCTICAS ECONÓMICAS Y ECONOMÍA DE LAS PRÁCTICAS.
CRÍTICA DEL POSTMODERNISMO LIBERAL

ISBN: 978-84-8319-417-1
DEPÓSITO LEGAL: M-7.157-2009

ESTE MATERIAL HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE. QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

AL GRUPO DE 'PRAXIS DE LA SOCIOLOGÍA DEL CONSUMO'
PORQUE VEINTE AÑOS NO ES NADA,
PERO, A VECES ES BASTANTE.

EL PODER ES EL DOMINIO ACUMULADO SOBRE LA OPINIÓN
PÚBLICA, QUE PERMITE QUE LOS PRECIOS SE FIJEN Y LA OFERTA
Y LA DEMANDA SE REGULEN DE TAL MANERA QUE REDUNDEN
EN BENEFICIO DEL INDIVIDUO QUE DETENTA EL PODER.

Hannah Arendt, *Sobre el imperialismo*,
1948 (en Arendt, 2004: 23)

LYOTARD INAUGURÓ EL GÉNERO
DE LOS CUENTOS POSTMODERNOS
PARA NIÑOS CON DEMASIADO MIEDO A LA OSCURIDAD
TRANSFORMADO POR INVERSIÓN PROYECTIVA
EN PÁNICO A LAS LUCES:
EN LA BASE
EL ESCAMOTEO DEL TRABAJO
POR LA ENERGÍA Y POR LA INFORMACIÓN
COMO PROGRAMA PARA EL CAPITALISMO DEL FUTURO
SIGUE SIENDO UN GÉNERO DE CUENTOS
CON MUCHO ÉXITO.

Jorge Riechmann, *Rengo Wrongo*, 2008

ÍNDICE

PRESENTACIÓN. ESCRIBIR LAS PRÁCTICAS 11

PREFACIO. POR UN ESTUDIO SOCIOHISTÓRICO DE LAS ORGANIZACIONES 19

Introducción 19

1. Las lógicas de acción 22

2. El actor en la organización:
mucho más que una abstracción 25

3. El enfoque sociohistórico 27

4. La articulación del consenso y del conflicto 29

5. La integración de lo material y lo simbólico 31

Conclusión: las formas sociales de la acción organizada 33

PRIMERA PARTE. LAS BASES TEÓRICAS 39

CAPÍTULO 1. MAURICE HALBWACHS Y EL DESARROLLO DE LA SOCIOLOGÍA DEL CONSUMO Y LAS NECESIDADES 41

Introducción 41

1. La formación de la escuela clásica 43

2. La polémica sobre las necesidades en la edad de oro
de la sociedad de consumo 53

3. Del neomarxismo sociológico a la sociología total de Pierre Bourdieu 63
- Conclusión 70

CAPÍTULO 2. LA SOCIOLOGÍA DE LAS PRÁCTICAS DE PIERRE BOURDIEU 73

- Introducción 73
1. La recepción polémica de una economía general de los hechos sociales 74
 2. Biobibliografía de Pierre Bourdieu 77
 3. Los conceptos principales de una sociología de las prácticas 89
 4. Los críticos de la sociología crítica de Bourdieu 92
- Conclusión: por una renovación de la sociología práctica europea 97

CAPÍTULO 3. LA APERTURA AL SUJETO EN LA SOCIOLOGÍA ECONÓMICA DE CARLOS MOYA 100

- Introducción 100
1. CharlesWright Mills como punto de partida 103
 2. El estudio de la élite del poder 108
 3. Sobre las élites del poder económico 113
- Conclusión: por una sociología con sujeto 115

SEGUNDA PARTE. TRABAJO, CONSUMO Y OCIO COMO HECHOS SOCIALES TOTALES 123

CAPÍTULO 4. INSTITUCIONALIZACIÓN Y DESINSTITUCIONALIZACIÓN DE LA CIUDADANÍA LABORAL 125

- Introducción 125
1. Sociedad del trabajo, producción en masa y ciudadanía laboral 128
 2. La política de la regulación fordista 134
 3. Los límites de la gobernabilidad del modelo institucional fordista 139

4. Crisis de la ciudadanía laboral y desestructuración de las formas de empleo 144
 5. La era de la fragmentación: la precarización como norma 149
 6. De la flexibilidad como medio a la empleabilidad como condición 155
- Conclusión: la ciudadanía más allá del mercado 160

CAPÍTULO 5. CONSUMO E IDENTIDAD EN LA SOCIEDAD GLOBAL 167

Introducción 167

1. La crisis del consumidor nacional 170
 2. Globalización y consumo diferencial 176
 3. Los nuevos espacios y tiempos de la globalización 181
 4. Nuevos objetos y sujetos del consumo global 188
- Conclusión 192

CAPÍTULO 6. LOS NUEVOS PATRONES DE CONSUMO TURÍSTICO Y LOS ESTILOS DE VIDA 198

Introducción 198

1. La industrialización del turismo y el consumo de masas 200
 2. Las transformaciones de la demanda de ocio y movilidad en un entorno globalizado 207
 3. Las estrategias del postfordismo turístico 212
- Conclusión: tendencias sociales del consumo turístico 219

EPÍLOGO. CRÍTICA DE LA RETÓRICA POSTMODERNA 222

Introducción 222

1. La retórica de la deconstrucción como ritual mágico del postmodernismo 225
 2. En busca del sujeto perdido 230
 3. Mínimo balance desde la irremplazable presencia de los actores sociales 236
- Conclusión 239

BIBLIOGRAFÍA 248

PRESENTACIÓN
ESCRIBIR LAS PRÁCTICAS

DENTRO DEL CONOCIMIENTO PRÁCTICO —EL CUAL SE CIÑE A LOS FUNDAMENTOS QUE DETERMINAN LA VOLUNTAD— LOS PRINCIPIOS QUE UNO ERIGE COMO TALES NO SON LEYES BAJO LAS CUALES QUEDA INEVITABLEMENTE SOMETIDO PORQUE LA RAZÓN EN SU USO PRÁCTICO HA DE VÉRSELAS CON EL SUJETO.

Immanuel Kant, *Critica de la razón práctica*,
1788 (2000: 78)

EL CONOCIMIENTO DE HECHOS PRESUPONE EL CONOCIMIENTO DE VALORES.

Hilary Putnam, *El desplome de la dicotomía hecho-valor y otros ensayos* (2004: 160)

Cuando alguien no demasiado brillante se atreve a dar a la imprenta lo que puede ser, seguramente con benevolencia, considerado como un libro, inmediatamente sucumbe a ese síndrome de lucidez suprema que podemos denominar el síndrome de Batleby —en recuerdo del genial personaje de Melville convertido en héroe de la literatura contemporánea gracias, por ejemplo, al fascinante Enrique Vila-Matas— y que nos llevaría inmediatamente a decir “preferiría no hacerlo”. Si vencemos este magnífico exordio moral de Batleby es porque, a medias entre el narcisismo y el masoquismo, pensamos seguramente de manera imaginaria que el libro que ve la luz, es capaz de, a su vez, arrojar eso, luz; claridad y reflexión sobre aspectos de la realidad social que se muestran especialmente opacos, confusos o contradictorios. Seguramente porque, como le gustaba decir a Marcel Mauss —y Bourdieu nos lo ha recordado convenientemente (Bourdieu, 1992)—, han sido nuestras propias idealizaciones, arrogancias y fanfarronadas las que han deformado monstruosamente el objeto de conocimiento hasta convertirlo en un puro simulacro al que se le ha vaciado de cualquier referencia a los comportamientos concretos de los sujetos sociales (individuales y colectivos) reales e históricos.

En este libro hay una voluntad expresa de relacionar hechos económicos con prácticas sociales. Si hay un campo específico donde el conocimiento técnico ha expulsado a los sujetos sociales reales de su interés manifiesto éste ha sido el de la economía formal y sus disciplinas anejas, la gestión de empresas y la investigación de mercados; donde una maraña de sofisticadísimos aparatos conceptuales —basados en los muy elementales principios psicológicos, conductistas y utilitaristas que fundamentan el horrendo *Homo oeconomicus*— sólo sirven para legitimar un liberalismo ontológico que define como racionales a las diferentes formas de depredación (del medio ambiente, de los grupos sociales débiles, de los conocimientos y saberes colectivos) que han impuesto históricamente las élites capitalistas sobre sus entornos naturales, sociales y cognitivos. Como viene diciendo nuestro entrañable José Luis Sampedro —y lo podemos leer en sus recientes y oportunamente reeditados ensayos sobre economía humanística (Sampedro, 2009)—, el discurso económico dominante se ha dedicado a colar los mosquitos —en forma de construcciones ingeniosísimas y falsísimas de catedrales de sofisticados sofismas métricos— aceptando la visión de un individuo soberano, libre, consumidor, egoísta y calculador, etc.; y, sin embargo (siguiendo la fórmula bíblica de José Luis Sampedro) ha dejado pasar voluntariamente enormes y sucios camellos, por ello poco o nada se ha ocupado este discurso convencional económico sobre el poder, la dominación, la desigualdad, las luchas políticas, las relaciones simbólicas, la formación —y manipulación— de las preferencias desde la oferta, la influencia de los valores culturales o los marcos sociales que dan sentido a los comportamientos económicos. De hecho, la misma presentación del hombre económico —y su último, aunque hoy marchito, florecimiento a manos del ultraliberalismo tecnológico y financiero de finales del siglo XX— necesita negar en su integritad al hombre social, político, cultural y sentimental, por no hablar ya de elementos de definición imprescindibles para la actividad económica real como el género, las instituciones, la historia, el medio ambiente y las emociones; confundiendo intencionadamente el concepto de la razón y lo racional con el cálculo de la rentabilidad mercantil y limitando reductivamente toda acción

humana a un espacio ideal únicamente circunscrito por el intercambio económico con beneficio.

El programa de investigación de la reciente sociología de la economía —de Granovetter (2000) a Swedberg (2003), de Mingione (1997) a Trigilia (2002)— ha consistido precisamente en reinsertar los hechos económicos (formalmente presentados por el discurso dominante como objetivos, positivos, necesarios y naturales) en sus marcos sociohistóricos en los que se han generado y a los que responde. Entendiendo que todo hecho económico implica a sujetos sociales concretos y reales, responde a lógicas prácticas, se construye desde el poder real y, a la vez, construye al poder real. Siguiendo la estela de *El sustento del hombre* de Karl Polanyi, probablemente la más brillante —y bella— obra de la crítica histórica, antropológica y social al imperialismo formalista de lo económico, de lo que se trata aquí es de estudiar la forma concreta en la que lo económico se incrusta históricamente en lo social. El mercado nunca ha sido un ente independiente y autorregulado —idealización del viejo mercado de aldea— sino que responde a una organización social del poder que supone formas diferentes y desiguales de agrupación y agregación de los recursos. No hay hecho económico —incluido las diferentes formas de intercambio— sin marco institucional que lo crea, lo regula y lo legitima. Lo económico nos remite, pues, a un sistema de relaciones y poderes que incluye la cultura, el lenguaje, los valores, las retóricas y las convenciones. El poder performativo de los discursos económicos expertos es parte de su propia eficacia; interpretar, analizar y contextualizar esos discursos económicos como prácticas lingüísticas, pragmáticas, situadas y conflictivas es parte fundamental del programa de sociología económica que aquí proponemos y del mensaje mínimo que un libro como este quiere transmitir.

El hecho económico se nos presenta siempre para el análisis sociológico como el clásico hecho social total, concepto con el que el genial Marcel Mauss trató de superar las puras explicaciones positivistas reduccionistas, para introducir un análisis sintético y multidimensional de los fenómenos sociales considerados como relaciones constituidas a múltiples niveles materiales y simbólicos (Mauss, 1978); en estos hechos sociales totales es donde se expresan a la vez todo tipo de instituciones (jurídicas, morales, demográficas,

ecológicas, etc.) que enmarcan el intercambio en un complejo juego de significaciones históricas y valorativas, sólo posibles de reconstruir en su totalidad concreta y completa. Si las instituciones son las formas normativas que toman los diferentes modos de reproducción de los poderes sociales, el hecho económico sólo tiene sentido en este entramado institucional y lo poco de real que tiene el *Homo oeconomicus* sólo existe, igualmente, encarnado y ensamblado en un marco de referencias que involucra la constitución de la condición ciudadana, los juegos simbólicos y lingüísticos que se asocian al intercambio, los sentidos morales de las tradiciones históricas y culturales, y un largo etcétera. Porque, si lo económico es fundamental no es porque sea una determinación histórica que en última instancia lo explica todo, sino porque es una lógica práctica que conforma relaciones sociales, pero a su vez y reflexivamente es conformada por estas relaciones, en juegos de poder y conflicto históricamente situados y con múltiples posiciones de sujeto.

El libro que el lector tiene en sus manos pretende mostrar la importancia estructurante de lo económico y lo social—inseparables de sus dimensiones simbólicas— tomados de manera multidimensional. Y a esta voluntad también se añade el deseo de clarificar y limitar los excesos que los diversos giros lingüísticos, turnos postmodernos y escuelas postestructuralistas han introducido en el pensamiento contemporáneo, tratando de reducir toda acción humana a un entramado de puros y retorcidos juegos del lenguaje auto-referentes. Se trata, pues, de mostrar que esa especie de retrato casi morboso de la dominación de los signos y del poder total de los discursos tan querido por el último postmodernismo poco o nada ha hecho por explicar las prácticas reales y multidimensionales de los sujetos sociales, al contrario ha acabado con el sujeto, ha negado la capacidad de trascender el mundo del texto, banalizado, descontextualizado y deshistorizado lo social concreto y malgastado todo el arsenal de los modelos lingüísticos estructuralistas y postestructuralistas para montar —como nos ha indicado Todorov (2008)— una espectacular representación nihilista tan desesperanzada formalmente como bien acogida en los circuitos intelectuales más *glamourosos* (y casi siempre bien colocados en el ámbito del poder académico). El enfoque que aquí se defiende se enfrenta

directamente tanto contra el individualismo metodológico del economicismo liberal, como con el pansemiologismo nihilista y culturalista del postmodernismo académico a la moda, para defender una aproximación sociológica a la realidad económica que se despliega como diría Bob Jessop (2008) como una *economía política cultural* que combina conceptos y herramientas de los análisis semiológicos del discurso y—de los sistemas de signos— con los procedentes de la economía política crítica, de cara a construir un enfoque propio de la explicación de los comportamientos —conflictivos, concretos e históricos— de actores que disponen de capitales (simbólicos, sociales, económicos) diferentes y, por lo tanto, poderes diferenciados. Cuando, como plantea Roger Chartier, se trata de *escribir las prácticas*, la labor del científico social es la de ser capaz de articular la construcción discursiva del mundo social con la construcción social de los discursos y eso nos lleva a una comprensión conflictiva de las relaciones de poder y subordinación —en sus diferentes dimensiones— que nos aleja tanto del armonicismo liberal como del *dominocentrismo* postmoderno.

Este volumen se compone de textos y materiales previamente presentados y que ahora, al rescatarlos, han sido sometidos a un severo proceso de revisión, reajuste y reescritura (lo que no quiere decir que hayan mejorado); de lo que sí estaba seguro es de la coherencia del proyecto y del sentido que tenía publicar estos escritos de manera conjunta. En la compilación, preparación y cuidado editorial del libro ha sido como otras tantas veces fundamental Olga Abásolo, que lo sabe todo del mundo de la edición en todos sus pasos y que concienzudamente ha dedicado su tiempo y su conocimiento a estas páginas. A Los libros de la Catarata y al Centro de Investigaciones para la Paz —especialmente a Santiago Álvarez-Cantalapiedra— hay también que agradecerles que hayan apostado por publicar el libro en una editorial y en una colección que considero de máximo interés para las ciencias sociales españolas; es un orgullo para un autor verse en ese catálogo de publicaciones.

Me permito citar por agradecimiento —que como me gusta decir es un sentimiento no demasiado bien visto en el entorno moral postmoderno más propicio al narcisismo y al canto al yo—, a aquellas personas que en su día propiciaron los proyectos en los

que se basa el libro. Así, los profesores Josetxo Beriain, Nacho Sánchez de la Yncera y Celso Sánchez Capdequí de la Universidad Pública de Navarra; Emilio Rodríguez Lara, Mercedes Contreras, Jaime Peón, Ricardo Montoro y Fernando Vallespín, todos ellos en su día en el Centro de Investigaciones Sociológicas; Ramón Ramos y Marcial Romero de la Universidad Complutense de Madrid; Benjamín Tejerina y Ander Gurrutxaga de la Universidad del País Vasco; Eduardo Ibarra Colado de la Universidad Autónoma Metropolitana de México y, por fin, a mi compañero en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Autónoma de Madrid, José Miguel Rodríguez Antón. Todos ellos en su día me los encargaron amablemente y en gran medida rompieron la tendencia natural de la mayoría de los autores, autores como yo se entiende, de no ponerse a escribir —para no tenerse que enfrentar con el temor a la página en blanco— si no se lo solicitan varias veces.

Agradecimientos especiales se merecen Carlos J. Fernández Rodríguez que ha sido además un esforzado compañero de ruta en muchos de los últimos proyectos de investigación y escritura que hemos emprendido juntos; Rafael Ibáñez Rojo que firmó conmigo una primera y reducida versión de alguno de los textos que aquí se publican y que también es un magnífico compañero y amigo dentro del grupo de investigación del que formamos parte en la Universidad Autónoma de Madrid; y, por fin, Javier Callejo amigo de la UNED con el que se escribieron y discutieron materiales que no han sido directamente utilizados en el libro, pero que fueron imprescindibles para que se redactaran los que aquí ahora aparecen. Óscar Moro de la Universidad de St. John's en Canadá me encargó otro texto como invitación a unas jornadas que coordinó con Concha Roldán del Instituto de Filosofía del CSIC, pero Óscar además sirvió como cariñoso conversador y discutidor en el Colegio de España en París, lugar físico donde se escribieron bastantes páginas del volumen presente, a los jardines de la histórica Ciudad Universitaria Internacional de París en general y a los espacios del Colegio de España en particular. Están asociados en mi recuerdo: Alejandro Almazán, José Luis Moreno Pestaña y Chema Arribas, todos ellos haciendo soberbias investigaciones en París.

Por fin, a los compañeros y compañeras del departamento de Sociología en especial, pero también del conjunto de la Facultad de Ciencias Económicas de la UAM el recuerdo, el agradecimiento y la admiración de quien se siente en un grupo de trabajo solvente y responsable. El libro está formalmente dedicado a todos los que han estado vinculados de una manera o de otra al curso de Praxis de la Sociología del Consumo con más de veinte años de singladura ya. Praxis ha sido un espacio fundamental para reflexionar, debatir y formar en los temas centrales que articulan este trabajo (el nombre lo dice todo), en estos momentos que está cambiando de formato de misión intelectual y de forma de relación con su entorno social de referencia bien conviene recordar, así de forma colectiva —pues siempre su identidad fue grupal— los muchos y muy buenos productos —sobre todo relacionales— que ha sido capaz de crear. También tengo especiales recuerdos para Marisa Arnau siempre dispuesta con su enorme lógica práctica —que incluye toneladas de cariño— a solucionar los problemas cotidianos de su (nuestro) alrededor, y para Jorge Riechmann que me enseña mucho con sus afinados poemas, sus impresionantes libros de ecofilosofía y, sobre todo, con su fascinante manera de ser.

Para acabar es necesario realizar un agradecimiento institucional, este libro se ha realizado gracias a la ayuda institucional de un proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación el CSO2008-02886; en el contexto que nos encontramos es imposible investigar en ciencias sociales sin una red pública —recalemos pública— de recursos económicos, humanos, cognitivos e intelectuales que se gestionen con un criterio de rentabilidad y reflexividad social y no por la pura rentabilidad mercantil. Este libro es un puro producto del débil, tardío y contradictorio Estado del bienestar español, habría merecido la pena escribirlo y publicarse, si sirviese en su inmensa modestia, para mantener, ampliar, reforzar e internacionalizar todas aquellas políticas públicas prácticas que ponen a la sociedad por encima del mercado.

PREFACIO

POR UN ESTUDIO SOCIOHISTÓRICO DE LAS ORGANIZACIONES

IR DEL DESORDEN AL ORDEN, PENSÓ OLIVEIRA. SÍ,
¿PERO QUÉ ORDEN PUEDE SER ÉSE QUE NO PAREZ-
CA EL MÁS NEFANDO, EL MÁS TERRIBLE, EL MÁS
INSANABLE DE LOS DESÓRDENES?

Julio Cortázar, *Rayuela*, 1963

[...] PENSAR DIFERENTE DE CÓMO SE PIENSA Y PERCI-
BIR DISTINTO DE CÓMO SE PERCIBE ES INDISPENSA-
BLE PARA CONTINUAR MIRANDO Y REFLEXIONANDO.

Michel Foucault, *Histoire de la sexualité 2*.
L'usage des plaisirs, 1984

INTRODUCCIÓN

El pensamiento organizacional ha estado históricamente lastrado por un formalismo agobiante y recargado: la tendencia a presentar las organizaciones como modelos abstractos y cerrados que evolucionan en la línea del tiempo como si fueran organismos perfectos ha sido una tradición fuertemente arraigada en la literatura del *management*. Este formalismo abstracto no sólo ha presidido la sucesión de modos, tipos y escuelas organizacionales —que fomenta la aparición cada cierto tiempo de un “nuevo tipo” de organización ideal o ejemplar—, sino que gran parte del fenómeno organizativo ha sido estudiado mediante la definición de categorías precodificadas a las que luego se rellena de contenido muchas veces en ajustes forzadísimos; conceptos tales como entorno, agente, contexto o cultura, por sólo citar unos cuantos, o procesos paralelos tipificados, como sinergia, entropía, ajuste o retroalimentación, por también referirnos sólo a los más nombrados, se han asumido las más de las veces como universales ahistóricos que se pueden hallar y aplicar en cualquier momento del tiempo y del espacio y en presencia de cualquier juego de fuerzas sociales.

Los estudios organizacionales convencionales parecen pedir a la realidad social que se deje atrapar en una red de teorías desgastadas y lugares comunes abstractos; red cuyos huecos en ocasiones son tan espectaculares que no es capaz de apresar nada relevante y que cuando trata de ofrecer algún diagnóstico sólo es capaz de repetir autorreferencialmente sus presuposiciones ideales. En algunos momentos esta inflación de taxonomías, modelos, tipos ideales y categorías —más aplicadas de modo arbitrario y desarraigado de sus procesos sociales genéticos que construidas en las investigaciones concretas—, han conformado una especie de nueva y borgiana enciclopedia china, y generado, a su vez, una retórica y un vocabulario justificativo casi perfecto en su cierre. Poco nos enseña de los hechos específicos y de los agentes particulares que crean y operan en las organizaciones, consideradas como entes sociales reales que operan en nichos históricos bien determinados. La más vieja falacia del idealismo evolucionista moderno, la de percibir las cosas, los hechos y los procesos organizacionales como resultado del espíritu racional y absoluto de un pensamiento que se despliega por todas las partes y que se perfecciona con el paso del tiempo, se ha convertido en el pensamiento *managerial* en un simulacro de sí mismo, más atento a los usos propagandísticos o comerciales que a la consecución de cualquier fin racional de la historia.

Y con estas palabras no se pretende aquí —sería tan prepotente como ridículo—, ni arremeter contra el análisis formal de las organizaciones ni considerar que su aproximación a partir de tipos ideales, sean estos cuales quieran, desde los más nobles e iluminadores fundamentos weberianos de la burocracia, hasta los más novedosos modelos de desorden y caos dinámico, pasando por todo tipo de análisis de disfunciones, desplazamientos y racionalidades limitadas¹, sea inútil o incorrecta. Este tipo de aproximación ha sido y será fundamental para enfocar aspectos imprescindibles de su estructuración y funcionamiento. Lo que sí conviene es llamar la atención del posible abuso de este enfoque formal, hasta convertirlo *en el único* del análisis organizacional en el cual en su versión más extrema desaparecen los actores y conflictos concretos situados en sus situaciones históricas y se refuerzan los elementos

estructurales, reproductivos, funcionales y armónicos. Con ello se arroja lo social concreto a las tinieblas exteriores (la de los desajustes funcionales, los conflictos, los fallos y los problemas) y se confronta de manera implícita la vida social real de las organizaciones a un paradigma normativo de funcionamiento casi automático y eficaz de unas organizaciones humanas presentadas de una manera tan ideal como inexistente.

Más espectacular es aun la degeneración de estas teorías formales en una versión de divulgación —y propaganda— para cuadros medios y altos, del pensamiento organizacional, deviniendo así en una *mística del management*² que las convierte en cantos de gesta, leyes, consejos, recetas, anécdotas o intuiciones de sentido común sacadas de la gestión, en modelos ejemplares de administración. Esta *doxa managerial*, además de presentar las más evidentes ausencias de construcción científica del objeto de estudio, acaba incurriendo de manera corregida hacia peor y aumentada en todos los defectos en el abuso del enfoque formal al convertir el hecho sociohistórico de la organización en un amasijo de prescripciones y admoniciones para ejecutivos que no guardan más relación con la realidad social que la pura ficción. Dada su manera de selección de los hechos y su total ausencia de un marco epistemológico que pueda llevar ese nombre toda esta retórica *managerial* no puede ser tomada más que como forma de propaganda o de adoctrinamiento ideológico de las clases gestoras.

Por fin, la tendencia, ya casi antigua, de tratar de solucionar el problema del estudio de las organizaciones refugiándose en una escuela, paradigma o corriente teórica tomada de las ciencias biológicas, matemáticas o físico naturales, a pesar de las posibles aperturas que puede ofrecer a la mirada organizacional, tampoco ha hecho mucho por el análisis social concreto de las organizaciones, más bien todo lo contrario, lo ha ignorado literalmente. Pensar que acudiendo a la cibernética (en cualquiera de sus versiones), la teoría de sistemas, la teoría del caos, la fractalidad o el desorden tenemos solucionado el problema organizacional es olvidar el carácter concreto, histórico y conflictivo de todas las organizaciones por el hecho mismo de ser realidades sociales³. Lo mismo que los científicos sociales de principios del siglo XIX miraban hacia el positivismo

objetivista de las ciencias naturales de la época como modelo normativo de conocimiento, parece que ahora debemos analizar las organizaciones de acuerdo a unas nuevas ciencias del caos y la totalidad que nos explican también las organizaciones humanas como organismos abstractos absolutos, eliminando sus diferencias, diversidades, poderes, conflictos, abusos, intereses y dominaciones. Apelando a un paradigma *total* de la complejidad —con su vocabulario pleno de principios abstractos como auto-organización, recursividad, condiciones iniciales, ruido e información, etc.— y convirtiendo, también en una maniobra abstracta, el orden y el desorden organizacional en los polos de un discurso ideal difícilmente empirizable, no hacemos otra cosa que sofisticar hasta el infinito el enfoque formal, pero seguimos enmarañados en el problema inicial: ¿dónde está lo histórico y lo social concreto en el estudio de las organizaciones?

1. LAS LÓGICAS DE ACCIÓN

Ante esta desaparición de los sujetos y los poderes reales en el análisis de las organizaciones, que permanecen ocultos en los enfoques del estructuralismo o del funcionalismo —donde la *heteronomía* básica de las organizaciones sociales, básicamente atravesadas por conflictos constituyentes es reducida o bien a la armonía natural de la colaboración o a la armonía negativa de la dominación funcional—, o en la *metafísica*⁴ de la autoorganización presentada en sus diversas versiones (desde la académica culta hasta la popular *managerial*) como auténticas legitimaciones del capitalismo actual, se han venido produciendo un buen número de teorías sociales del comportamiento organizativo que —sobrepasado el marco armónico o metafísico del pensamiento organizacional formal— han tratado precisamente de estudiarlo sobre la idea de pensar las organizaciones como resultados concretos del conflicto y la cooperación de los actores sociales pragmáticamente implicados en ellas. Aquí el contexto es tomado de una forma sociohistórica activa, presente de manera concreta, realmente existente y estudiado no como presupuesto, simple escenario o entorno abstracto

y siempre preterido por la explicación del cumplimiento de normas de funcionamiento o principios de comportamiento puramente modelizados. Sintetizadas así, bajo el término de *sociología de las lógicas de acción*⁵, nos encontramos con un buen número de escuelas que enfocan el análisis organizacional como un intento de dar cuenta de los procesos concretos de construcción de las estrategias de los actores inter y extra organizacionales en situaciones variables y multidimensionales. Las lógicas de esta forma no son ni previas ni absolutas ni responden a una estructura causal inmutable, sino que se construyen en los mismos regímenes de acción históricamente determinados.

El concepto de lógicas de acción nos remite así a un conjunto de elementos teóricos ligados no tanto al postestructuralismo, en el sentido convencional y paradigmático del término, como a las aportaciones del pensamiento social que han tratado de superar el estructuralismo teórico y antropológico de matiz lingüística —de corte formal y ahistórico— para situar la explicación social en *las razones prácticas de los agentes* que se construyen por conflictos y consensos dentro de marcos objetivos que determinan la acción, pero que a la vez están en tensión y son modificados permanentemente por ello⁶. Las lógicas de acción nos remiten, por tanto, a los principios prácticos en virtud de los cuales los individuos y los grupos forman y conforman sus actitudes y comportamientos en las organizaciones; lógicas que combinan objetivos directamente económicos con todo tipo de reconocimientos simbólicos y que se construyen en los múltiples niveles posibles de referencia en que se despliega la organización, desde los individuos hasta la máxima dimensión corporativa o institucional, pasando por los grupos y su relación con todos los contextos posibles.

Frente a la *petición de principio* que suponen los enfoques que parten del comportamiento abstracto, desde el cálculo egoísta-racional del individualismo metodológico a la explotación como esencia del marxismo ortodoxo, la sociología de las lógicas de acción adopta una forma de estudio histórico de la manera en que los actores son capaces de construir y armonizar de manera inestable lógicas diferentes —y a veces contradictorias— que se

despliegan en proyectos estratégicos múltiples, limitados y asociados a racionalidades también diferentes. Lógicas que se derivan, además, de una sociedad que, lejos de la unicidad armónica del funcionalismo positivo o de la unidad del conflicto proclamada por las sociologías de la dominación, se reproduce en un conflicto de esferas, campos, organizaciones y discursos radicalmente heterogéneos que se sintetizan en diferentes momentos históricos en formaciones sociales complejas y configuradoras del sentido de las acciones. Se evoca así un marco organizacional en el que un campo social múltiple, diverso, conflictivo e histórico suscita una pluralidad de lógicas de acción concretas que no pueden ser reducidas a modelos prefijados de comportamiento sean individuales, colectivos o estructurales, sino que deben ser aprehendidos en el trabajo concreto de recomposición del sentido subjetivo y objetivo de los agentes en procesos históricos bien determinados.

Los actores individuales y colectivos, por lo tanto, se comportan estratégicamente en las organizaciones, sí, pero de acuerdo a una lógica que no es abstracta o ideal (como pretende el individualismo metodológico del racionalismo macroeconómico), sino que es un producto histórico que siempre expresa identidades simbólicas operantes, de la misma manera que está situada en un momento histórico que le otorga un universo de circunstancias, incluidas las condiciones míticas y simbólicas, que la alejan de cualquier microsituación aislada o de cualquier racionalidad preimpuesta. Los actores no son posibles sin las situaciones y las lógicas de acción no pueden postularse en la modelización, sino analizarse en el estudio de su construcción concreta, vinculando históricamente el comportamiento en y de la organización con las razones prácticas de sus agentes⁷. La sociología de las lógicas de acción nos remite así a elementos característicos que la definen y que iremos estudiando en estas páginas; elementos que podemos enumerar de la siguiente manera: a) la definición de un actor empírico; b) un enfoque sociohistórico; c) la articulación del consenso y el conflicto en la organización; y d) la integración de lo material y lo simbólico en la construcción del sentido organizacional.

2. EL ACTOR EN LA ORGANIZACIÓN: MUCHO MÁS QUE UNA ABSTRACCIÓN

Tanto cuando el actor es reducido a un individuo abstracto que se comporta racional y estratégicamente, como cuando desde una sociología de la dominación total se propone que las estructuras producen efectos mecánicos de reproducción, hemos perdido la noción de un actor social agente, que se puede constituir en diferentes niveles de acción según cambiamos nuestra escala de observación: el actor individual, el actor grupal, el actor institucional, etc. Lo social prefigura así la noción de actor, por cuanto, sea cual sea el nivel del enfoque y el comportamiento estudiado, nos vamos a encontrar con agentes que sólo pueden ser definidos en la sociedad y por la sociedad. El actor no puede separarse de la acción y gran parte de los errores fundamentales del análisis organizacional han provenido de la tendencia a separar —y postular— una lógica intrínseca del actor diferente de la situación, perdiendo de vista las razones y los intereses concretos (no abstractos o presupuestos) que se vinculan a las acciones⁸.

Los actores son producto de las circunstancias organizacionales, pero, reflexivamente, producen también las circunstancias organizacionales; las estrategias se configuran y transforman en el juego organizacional mismo, no están prefiguradas por una condición antropológica postulada de antemano (el egoísmo, el cálculo, la dominación, etc.), sino que están desplegadas en un universo social y dentro de un conjunto de campos que circunscriben los horizontes posibles de acción. Frente al análisis estratégico que se deriva del individualismo metodológico y que hace retornar eternamente al actor individual y sus estrategias al cálculo abstracto, en las lógicas de la acción los actores aparecen configurados a diferentes niveles, desde el individuo hasta la institución, siempre producto de circunstancias sociales concretas —no modelizaciones— y con características *plurales* que lo componen como producto de estrategias, pero también como resultado histórico, identitario, cultural, grupal y hasta pulsional. Son las circunstancias, desarrollos y procesos concretos los que cristalizan las lógicas de acción reales que nos abocan al conflicto o el consenso en las organizaciones.

De acuerdo a las lógicas de acción se ponen en juego todos los problemas y los principios de la traducción —como en la relación de universos simbólicos diversos que deben ser pragmáticamente reducidos a enunciados concretos— y los actores y *actantes* (introduciendo los dispositivos no estrictamente humanos de la acción), van cristalizando procesos de controversia, acuerdos, negociación, movilización de recursos, innovación o conservación⁹. Así, todos los procesos, tales como los de mediación, traducción, negociación, conversación, controversia, síntesis y construcción de redes son por definición problemáticos y no prejuzgables. Los actores lo son porque tienen esa dimensión activa de agencia que construye y reconstruye sus lógicas en marcos que no controlan de manera absoluta y donde los grados de libertad dependen del actor y la situación concreta.

De la misma manera, el concepto de racionalidad del actor está permanentemente incrustado en un conjunto de instancias simbólicas que se modelan y valoran en los grupos sociales; sólo esta referencia al grupo concreto es la que hace inteligible la estrategia. El actor forzosamente siempre tiene que ser concreto porque se activa en un campo de opciones posibles y trata de valorizar sus recursos particulares en la organización, según disposiciones socialmente configuradas de las que es preconsciente; sólo en la acción hay consciencia de las posibilidades reales de su movimiento. Frente a cualquier intento de convertir estas acciones concretas, y sus lógicas situadas, en principios formales de comportamiento, la propia vida de las organizaciones como síntesis de fuerzas, redes y agentes elaborando y traduciendo consensos y conflictos nos impele a la consideración del actor como un sujeto social reflexivo y empírico, construido en contacto directo con hechos datados y en diferentes escalas y niveles. Las organizaciones son conjuntos articulados y estructurados normativamente de actores, cuya acción no es formal, sino histórica sin que esto suponga ningún fin, misión ni programa predeterminado de comportamientos¹⁰. El actor en la organización es todo principio activo, completo, complejo y concreto de movilización de recursos y, por definición, es social porque así está constituido. Hasta el nivel personal nos lleva a un marco social que produce modos de comportamiento objetivos y subjetivos individuales: es decir *habitus*¹¹.

3. EL ENFOQUE SOCIOHISTÓRICO

Si por algo han estado caracterizadas las teorías y metateorías formales de la organización es por hacer desaparecer la historia y presuponer lo social. Sin embargo, cuando puntuamos la organización siguiendo el criterio de las lógicas de acción de los actores concretos, el enfoque de aproximación debe recoger necesariamente tanto la *génesis* de los procesos reales como la reconstrucción de lazos y relaciones sociales efectivas que forman, conforman y confrontan a los agentes específicos como grupos sociales. La *historicidad* y la *socialidad* de los actores, entendidas como las formas en las que dichos actores se construyen en el tiempo, y a partir de su tiempo —así como, a la vez, e indisolublemente, se conforman y comportan como sujetos relacionales intersubjetivos—, no sólo no pueden ser presupuestas o suspendidas en un análisis organizacional realista sino que, incluso, son el centro mismo de cualquier estudio sobre la organización que pueda tener el calificativo de social¹².

La *sociohistoria*¹³ de las lógicas de acción nos lleva entonces no al modelo, al tipo ideal, a las cláusulas *caeteris paribus* o al sistema abstracto, sino a la reconstrucción de los procesos sociales reales, tal y como éstos se han producido. De este modo, cuando nos planteamos la organización no de una manera formal, ni tampoco como una pura *metáfora*, aparecen sujetos sociales en relación vinculados por lazos de dominación y/o solidaridad. Estos lazos de control y ajuste, pero también de creación de intereses comunes a todos los niveles de la organización y en todas direcciones (vertical y horizontalmente, de forma intra o interorganizativa) son el objetivo fundamental en el estudio de las lógicas de acción, puesto que es en la configuración histórica de esos lazos donde se encuentra la sociogénesis real de los comportamientos organizativos. Además en el estudio de esas relaciones deben de aparecer lógicamente todos los instrumentos mediadores que permiten la acción colectiva y estos instrumentos pueden ir desde el lenguaje, hasta los medios de formación de capital social, pasando por los medios de pago a los intercambiadores materiales que lejos de ser reificados o sacados del marco social en el que operan deben estudiarse conjuntamente en su contexto pragmático de actuación.

La vida organizacional no es solamente mecánica, biológica, cognitiva, económica o técnica (aunque todos estos aspectos están en ella o pueden servir para iluminar parte de sus procesos), la vida organizacional es, ante todo, social y como tal debe ser abordado su estudio, entendido como el razonamiento sobre las lógicas de poder y contrapoder que operan en situaciones empíricas precisas. La situación de acción no es sólo *un entorno*¹⁴, pensado éste como un escenario teatral y tomado en cuenta en el análisis de un actor ideal como una referencia secundaria, sino que es fundamentalmente un conformador histórico de las razones, lógicas y justificaciones que constituyen a su propio agente y, por tanto, no pueden ser separadas de los propios movimientos de los actores.

La lógica del actor en la organización es, ante todo, *situacional*. Precisamente por su carácter sociohistórico las lógicas de acción de los actores no son la eterna reproducción de un juego, del juego de la dominación ni del juego de la libre elección o la decisión racional. Los actores se mueven por razones que consideran prácticas¹⁵ y que se construyen tanto material como simbólicamente en situaciones históricas complejas, donde convergen múltiples factores (intereses, sujetos, reglas previas, información, imaginarios, objetos, tecnologías, etc.) que siempre es necesario reconstruir desde la perspectiva del investigador. Los actores juegan su juego que puede ser el de la resistencia, el de la cooperación, el del conflicto o el de la dominación, entre muchos otros, así como la combinación entre ellos, y esos juegos adquieren su sentido no porque reproducen un molde estructural o abstracto, sino porque son las lógicas posibles en nichos de actuación reales y temporales. La historia no es un marco externo de los procesos organizacionales, sino que precisamente es el elemento que rompe con la separación artificial, rígida y abusiva entre el interior de la organización (que siempre se ha dado por supuesto que es el lugar principal de los análisis organizacionales formales) y el entorno externo, así como articula los procesos micro, macro y meso sociales intervinientes. Lo concreto y lo histórico nos llevan forzosamente a combinar las escalas y los espacios de las organizaciones.

4. LA ARTICULACIÓN DEL CONSENSO Y DEL CONFLICTO

El estudio de las formas en que se ejerce el control en las organizaciones no se puede solucionar elaborando tipologías ahistóricas o dando la degradación y el dominio como dato inmutable¹⁶. Cuando lo que tomamos como base de estudio son las lógicas de acción de los agentes en presencia, forzosamente aparece la coexistencia de diferentes formas de control en los distintos momentos y rupturas del desarrollo capitalista, así como estrategias de consenso y conflicto que con frecuencia pueden adoptar formas combinadas o mixtas. La distancia que media entre las estrategias del control puras o ideales —o sus simétricas pero igualmente formales de alcanzar un consenso aconflictivo por naturaleza— y la amalgama real de elementos que se mezclan en las formas de control y comportamiento organizacional específicas, se explica por la capacidad siempre concreta y limitada, pero presente y posible, de acción y resistencia de todos los agentes en una organización y por el propio efecto de interacción y contención de diferentes estrategias en juego; estando estas estrategias, además, referidas a una historicidad concreta de las prácticas. Estas circunstancias impiden que el control (o el consenso) sea completo y fuerzan la adopción de estrategias sucesivas y la combinación de varias. Una misma estrategia plantea limitaciones diferentes según las condiciones en que es introducida y esto explica la enorme variedad de formas de control, conflicto y consentimiento que coexisten en diferentes momentos.

La introducción de la resistencia y el contexto sociohistórico en la visión de la organización plantea una visión dinámica del control frente al estatismo de los que sólo introducen las “aviesas” intenciones de los capitalistas o los idílicos juegos de cooperación garantizados que supone el liberalismo idealizante; sin embargo, el control organizacional no es automático si no que se ha logrado mediante la síntesis de lógicas en conflicto. Lógicas que se encuentran entre el control, la resistencia y la cooperación y que lejos de ser lógicas consistentes y unívocas de actores ideales y racionales (como pretenden los seguidores del individualismo metodológico) son mezclas concretas, muchas veces parcialmente contradictorias, de razones prácticas que cambian según la coyuntura histórica.

Cuando, en vez de en las teorías formales de la organización, nos posicionamos en los procesos de trabajo empíricamente operables y su organización real aparecen actores históricos en los que la actividad estatal, las relaciones políticas y los procesos de configuración ideológica son fundamentales, y están muy lejos de ocupar una posición simplemente "externa". Ningún actor en la organización deja de tener una dimensión subjetiva que no puede reducirse ni a la estructura corporativa, ni a ningún modelo prefigurado de comportamiento maximizador. Esa subjetividad es política, ideológica e histórica —es una subjetividad objetivada— y por lo tanto su estudio en los actores es fundamental para conocer el funcionamiento real, donde hay posiciones dominantes y subordinadas, pero siempre con cierta capacidad de agencia, mayor o menor según la posición en el campo, pero nunca desdeñable. Estudiar las condiciones políticas reales y los procesos de conformación estatal del espacio organizacional es tan fundamental en la vida organizativa como conocer los supuestos modelos formales que teóricamente se repiten en todas las organizaciones sociales tipificadas.

Toda estrategia de control y/o resistencia en las organizaciones puede tener consecuencias no previstas de acción colectiva que inmediatamente pueden provocar estrategias subsiguientes de consenso y conflicto. Asimismo, toda estrategia de conflicto se mueve entre la tensión de lo colectivo y el contraefecto de control a través de la fragmentación y la individualización, teniendo, a la vez, a las normas, los objetos técnicos y los espacios de confrontación directos como marcos inseparables de la acción organizacional. Toda organización, por tanto, es un sistema de dominación y control con agentes situados en posiciones de poder muy diferentes. Pero el carácter social de todo sistema de trabajo organizado deja espacios a la autonomía y la resistencia que tratarán progresivamente de ser fragmentados y reducidos, pero que siempre estarán presentes en mayor o menor grado al encontrarnos ante sujetos sociales con capacidad de acción, por mínima que sea¹⁷. En estas acciones, determinadas por las estructuras de control preexistentes, las coyunturas económicas de cada momento y la capacidad de autonomía (control y/o resistencia) de los agentes acaban fraguando un conjunto tal de posibilidades de acción real que cualquier visión de

juego cerrado (sea de dominación y conflicto, sea de armonía, cooperación y consentimiento interesado) no aguanta la mínima confrontación con la evolución real de las organizaciones modernas (y postmodernas).

5. LA INTEGRACIÓN DE LO MATERIAL Y LO SIMBÓLICO

La cultura de las organizaciones no es ninguna superposición o programa añadido a su estructura económica, bien al contrario, todo cálculo material está incrustado en un conjunto de cuadros cognitivos y principios coordinados de acción ideológicamente fundamentados¹⁸. Estudiar la cultura organizacional no es, como habitualmente se ha hecho desde las teorías más triunfalistas y funcionalistas, revisar una serie de conductas aprendidas que pueden ser transformadas mediante un proceso programado de aprendizaje o socialización micro en el seno de la institución en cuestión. Entre otras cosas porque el proceso simbólico atraviesa la formación cognitiva misma de la organización y crea los mitos y horizontes de producción que cada coyuntura histórica considera racionales y por lo tanto posibles. La cultura de la organización no es sólo, pues, el conjunto de símbolos, normas y valores que se presenta en un recinto organizacional artificialmente aislado, sino que es parte integrante de las lógicas de percepción, acción e interés de los actores y ello la pone en relación con el terreno conflictivo del proceso de trabajo concreto y con la formación general de los procesos culturales como procesos simbólicos e ideológicos que marcan la producción social de las significaciones.

La cultura de la organización —lejos de ser una simple programación contractual o una falsa consciencia mecánica— nos remite a órdenes históricos concretos y genera modos de construcción de la legitimidad de los procesos productivos, otorgando *las justificaciones*¹⁹ que producen el sentido compartido (o al menos tolerable) de los diferentes agentes (potencialmente conflictivos) en cualquier sistema institucional. El espíritu del capitalismo es el resorte imaginario que pone en marcha el sistema de valores que otorga razón a la organización, por tanto, mucho más que una conducta aprendida

o el enmascaramiento consciente de la explotación, es la forma en que cristalizan las luchas sociales por atribuir sentido, razón y legitimidad a los procesos.

No hay producción sin cultura (y al contrario, no hay proceso simbólico sin posibilidad material), por eso mismo toda cultura nos lleva a lógicas, que aparecen como mundos generales, esto es, como cuadros comunes de acción, capaces de convertirse en referencias para múltiples individuos, y de ser observados como conductas regulares y normas compartidas de comportamiento. Por esto la evolución histórica del capitalismo ha ido transformando sus sistemas de implicación personal creando y recreando permanentemente las nociones de bien común y modificando sus discursos de justificación y legitimación de las prácticas productivas. Todo mundo legitimador tiene también su posibilidad de crítica y es en esta tensión entre legitimación y crítica donde se producen los consensos concretos de las lógicas de acción²⁰.

El tema de la cultura aplicado a la organización ha devenido en los ámbitos más conservadores de las teorías formales en una forma, un tanto grosera, de negar el carácter socioeconómico conflictivo, material y relacional de los procesos de trabajo, tomando así la forma de una esencia cultural absoluta que se puede racionalizar en forma de valores positivos programables; y, sin embargo, la cultura no es más que un recurso movilizable positiva o negativamente en función de las situaciones históricas y de la fuerza política para generar sentido y legitimación de los actores. La cultura organizacional genera las normas de las prácticas y de los usos construyendo el orden de lo prescrito como permitido, como tolerado o como prohibido y por ello combina lo micro y lo macro, las prácticas internas con los sistemas ideológicos generales.

El *imaginario organizacional* es un dispositivo simbólico que provoca el paso a la acción y que por lo tanto, reflexivamente, crea el horizonte de la razón económica y es creado también por la propia idea de razón económica construida sociohistóricamente²¹. Los modelos de cultura de organización —o, de manera más estrecha, de cultura de empresa—, contruidos y propuestos sobre principios de comportamientos universales y abstractos se quiebran al ser confrontados con la diversidad de valores, prácticas, lógicas y justificaciones que nos

encontramos en la realidad empírica, su utilidad final suele consistir más en proporcionar principios ideológicos de racionalidad ideal para hacer desaparecer los actores efectivamente presentes y en conflicto, que cualquier explicación medianamente plausible del funcionamiento organizativo.

CONCLUSIÓN: LAS FORMAS SOCIALES DE LA ACCIÓN ORGANIZADA

El recorrido que se ha trazado a lo largo de estas páginas ha tratado de reflejar todo un conjunto de enfoques en el estudio organizacional que se apartan racionalmente de la imagen presentada habitualmente de las organizaciones como un constructo formal que reproduce en la escala micro lógicas abstractas de funcionamiento. Lógicas que se presentan como si fueran las leyes universales de la racionalidad *managerial*. Muy al contrario, toda organización social, por el hecho de serlo, se mueve en un sistema de acciones y regulaciones incrustadas en la lógica histórica de los actores concretos en presencia. Desde la óptica aquí desarrollada, por tanto, la organización no es una entidad dada con reglas de funcionamiento autorreguladas (como pretende el funcionalismo) ni el simple efecto no buscado de la lógica estratégica de unos individuos racionales en la suma de sus acciones maximizadoras (como presupone el individualismo metodológico), es, ante todo, una manifestación *concreta* de un sistema de acción histórica y de relaciones sociales de agentes (agrupamientos sociales) que se encuentran regulados por un marco político instaurado sobre poderes diferenciales. Las organizaciones, así como sus actores y sus prácticas, sólo pueden ser definidas como social, cultural e históricamente concretas, nunca presupuestas desde modelos indeterminados o abstractos.

No existe *la* organización, existen organizaciones reales como formas estructuradas de autoridad, relativamente autónomas, pero siempre lugares de una acción colectiva específica, histórica y conflictiva, incrustadas en un sistema político, ideológico y económico general que modela su horizonte de posibles y sus convenciones de racionalidad. La lógica de la acción en las organizaciones

nos pone ante el sujeto, no como un individuo calculador (tal como pretende el individualismo metodológico) o cínico y hedonista (postmodernismos varios), ni tampoco aplastado por la dominación social (del estructuralismo marxista), sino como un agente múltiple, capaz de entrar en acciones colectivas, siempre en tensión entre las normas estructuradas y las voluntades estructurantes. Las organizaciones son formas particulares e históricas de regulación de lo social que cristalizan el sentido conflictivo de los actores movilizando un intenso trabajo de justificación a partir de referencias normativas y de convenciones de racionalidad. Toda institución productiva de bienes y servicios tiene que referirse a múltiples lógicas de acción que se combinan según los poderes históricos concretos.

Las realidades organizacionales, frente a lo que pretenden los enfoques postmodernos, son mucho más que metáforas y sólo se pueden estudiar inscritas en una sociedad y un conjunto de fuerzas políticas e históricas realmente operativas²²; las teorías de la organización reducidas a modelizaciones abstractas o formalizaciones automáticas, han jugado más un papel prescriptivo y legitimador que descriptivo e interpretativo. Las culturas organizacionales pueden mantener trazos comunes lógicamente, pero estas propuestas de tipo micro encuentran su acción efectiva sólo observada en forma de relaciones concretas que nos llevan a la historia, los espacios reproductivos operantes (desde la familia, hasta las políticas públicas, pasando por los discursos nacionales, etc.) y las prácticas que los actores juegan como estrategias en marcos de relación siempre estructurados normativamente, pero nunca predeterminados absolutamente. Sólo una sociología concreta y relacional históricamente enfocada que estudie las lógicas de acción de actores reales en contextos reales (lo que hace que lo micro y lo macro, así como lo interno y lo externo, se integren inmediatamente como perspectivas de escala múltiple), puede salvar a las teorías de la organización de un formalismo paralizante y estéril cuyas últimas andanzas en forma de un neomanagerialismo tecnocrático postmoderno no han dejado de producir más que de lo mismo: legitimación y control de los discursos económicos dominantes, sin que una mínima labor científica —esto es que se construye el objeto de investigación frente a las apariencias y los discursos esclerotizadas de la *doxa*— haya hecho acto de presencia en su elaboración.

NOTAS

1. Presentaciones, entre las muchas existentes, de gran nivel sobre la evolución, desarrollo y, por qué no decirlo, crisis de la sociología de las organizaciones clásica son los trabajos de Burrell y Morgan (1979) y Perrow (1986) en el ámbito anglosajón; Ballé (1990) y Scieur (2005) en el espacio francófono.
2. Para una crítica radical del discurso *managerial* que ha creado toda una corriente de análisis sociológico de las organizaciones, véanse los textos recopilatorios de Alvesson y Willmott (1992 y 2003) y la gran síntesis de Parker (2002).
3. Una completa revisión de todos los *tópicos*, en el sentido positivo y anglosajón del término (aunque en muchos momentos no se aleja demasiado de la otra acepción más popular y negativa), del paradigma de complejidad es la de Morin (1990). En Alonso (2002) se ha realizado una crítica al uso y abuso de esta línea retórica en el análisis organizacional que no voy a repetir aquí.
4. Sobre la tendencia (y la necesidad) del capitalismo a buscar explicaciones y legitimaciones metafísicas para su funcionamiento material se puede consultar el magnífico trabajo de Lash (2005). De hecho los argumentos materiales del "para sí" (del nosotros y para nosotros) son permanentemente cambiados por los argumentos esenciales del "en sí" apelando a los grandes conceptos sin sujeto como individuo, libertad, intercambio, empresa, etc., presentando, además, estos conceptos como dados y cerrados.
5. Como obra de síntesis, véase el libro colectivo de Amblard, Bernoux Herreros y Livian (2005). El principal animador de esta escuela, Philippe Bernoux, proviene de la sociología del trabajo y de la recepción en Francia de la obra de Harry Braverman (1974) y los debates sobre el proceso de trabajo, Bernoux (1982); posteriormente realizará aportaciones al núcleo central de la sociología de la organización francesa y su aplicación empírica a la empresa (Bernoux, 1990 y 1995), para acabar presentando una fuerte apuesta teórica y empírica por una sociología de las lógicas de acción en las organizaciones donde aparecen agentes sociales reales, colectivos e históricos (Bernoux, 1998 y 2002).
6. Como dice Alain Accardo, después de los excesos del estructuralismo, ciego al sujeto, y del individualismo metodológico, insensible ante las limitaciones objetivas de lo social: "Para la sociología de hoy al menos, el verdadero problema es describir y comprender los innumerables y complejos mecanismos por los que se lleva a cabo en cada instante y a todos los niveles la dialéctica de lo macro y de lo micro, es decir, los mecanismos por los que las estructuras objetivas engendran lo individual y lo interindividual y, de vuelta, cómo las prácticas individuales engendran formas sociales objetivas impersonales" (Accardo, 2006: 315).
7. En la versión clásica ya de Pierre Bourdieu: "hay tantos intereses como campos, como espacios en juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias. La existencia de un campo especializado y relativamente autónomo es correlativa con la existencia de estrategias e intereses específicos" (Bourdieu, 1987b: 124).
8. La teoría de la organización clásica empieza a reconocer este error a finales de los setenta y trata de aportar soluciones mediante el empleo de conceptos como estrategia o sistemas de acción concreta, véanse los trabajos de Crozier y Friedberg (1977) o Friedberg (1993), aunque todavía muy relacionados con el individualismo metodológico latente o manifiesto. Una buena crítica de esta literatura se encuentra en Spurk (1998).

9. Es evidente que todos estos conceptos provienen del vocabulario básico de la sociología de la traducción y las controversias, propuesta, entre otros, por Michel Callon (1986).
10. Para una definición de la organización, no a partir de su estructura formal sino de los sistemas concretos de dominación y contradominación cotidianos, véanse los trabajos de Courpasson (2000) y Martuccelli (2001).
11. El concepto de *habitus*, central en la sociología de Bourdieu, se considera aquí como una forma de acción organizada que define un sistema de predisposiciones o, mejor, de disposiciones cristalizadas y principios generadores de prácticas. Producto de la historia, el *habitus* produce prácticas individuales y colectivas y, por lo tanto, produce reflexivamente efectos históricos (Bourdieu, 1986); Accardo hace una inteligente disección del concepto de *habitus* (2006: 151-191) con todos los matices, críticas y contracríticas posibles.
12. Considerando estos conceptos aquí en su interacción directa, como hace Alain Touraine cuando considera la historicidad como la capacidad de las sociedades humanas para actuar sobre sí mismas produciendo y reproduciendo la vida material mediante modelos culturales de regulación (Touraine, 1987: 49 y ss).
13. La sociohistoria se ha convertido en una corriente de investigación y una orientación metodológica específica tendiendo puentes entre las disciplinas tradicionales, véase introducciones muy solventes tanto en Noiriel (2006), como en Guibert y Jumel (2002).
14. La teoría de la organización ha tratado de integrar el entorno en su desarrollo dentro de las escuelas *contingencialistas* y evolucionistas, véanse Lawrence y Lorsch (1967), Aldrich (1979), aunque hay avances con respecto a otros modelos anteriores, se sigue dando un carácter demasiado mecánico y adaptativo al concepto, haciendo una separación formal entre organización y entorno donde hay un conjunto de actores sociales contruidos conflictivamente en situaciones reales y heterónomas que sobrepasan la idea de dentro y fuera de la organización (véase Spurk, 1998).
15. Como muy bien argumentan Albert Ogien y Louis Quéré (2005: 13): "Las capacidades cognitivas humanas no son las de un espíritu individual separado del mundo, sino las de un ser encarnado, razonante y pensante tanto con sus manos y sus ojos como con su cabeza, es un ser que forma cuerpo con un entorno que se encuentra como compañero inseparable y que está implicado en sistemas culturales de actividad. En otras palabras es en tanto que miembros de sistemas cognitivos, ligados a actividades e implicados en acciones que ellos crean y recrean sin cesar, como los humanos manifiestan las capacidades de razonamiento, cálculo, memoria, inferencia, coherencia o representación que los caracterizan".
16. En este sentido la aportación de Burroway (1989) es especialmente sugerente en su crítica a Braverman (1974) sobre la imposibilidad de integrar en el esquema conceptual de éste el consentimiento y los compromisos implícitos de los trabajadores en la producción, desatendiendo la legitimación ideológica y la asimilación subjetiva de los procesos de control, de la misma manera que las variaciones empíricas de la gestión que se producen por la aceptación patronal en procesos de consenso y pacto. Hoy, además, poseemos una reedición accesible en francés de los escritos del sociólogo industrial norteamericano Donald Roy (2006), clásico un tanto olvidado de la sociología del trabajo, gracias a magníficos trabajos de observación sistemática en las fábricas de las afueras de Chicago, donde encontramos un seguimiento de las prácticas de frenado, la gratificación social y simbólica del trabajo, la eficacia de los acuerdos informales e implícitos las interacciones libres en los grupos que se conquistan entre los

- espacios y tiempos reglados y, sobre todo, los procesos de cooperación y conflicto en la fábrica, derivados de las relaciones entre grupos en los estructuras sociales formales de las organizaciones burocráticas. El libro de Roy es casi el precedente necesario de la obra de Buroway, y en ambas aportaciones nos encontramos con magníficas respuestas y desafíos de una sociología empírica de los sujetos sociales concretos a las teorías formales de la organización.
17. El tema del lugar de las resistencias en los procesos de gestión y los sistemas de acuerdo y conflicto en las situaciones concretas de trabajo fueron estudiados ya en la clásica aportación de Edwards (1979). Más recientemente, Danilo Martuccelli ha presentado un esquema fascinante de los procesos concretos de dominación, a partir de diferentes enfoques analíticos y teniendo en cuenta las formas de logro de *consensos críticos* y de la *responsabilización* de los dominados mediante formas diferentes de imposición, implosión, inducción y devoción a los principios reguladores de gobierno.
 18. Una presentación clásica de los conceptos de cultura organizacional y de empresa se encuentra en Thévenet (2003). Este tipo de aproximación "culturalista" abstracta y desarraigada de los procesos concretos de trabajo viene siendo bien criticada por Jean Pierre Le Goff desde mediados de los años noventa, véase, por ejemplo, Le Goff (1995 y 1996).
 19. El uso pragmático de los sistemas de justificación es una de las aportaciones centrales del clásico de Boltanski y Thévenot (1991).
 20. Este proceso anima el estudio monumental e insustituible de Boltanski y Chiapello (1999), quizás el libro más importante de la literatura organizacional (crítica o no) de los últimos decenios.
 21. Consideramos el *imaginario organizacional* como la síntesis siempre parcial y provisional de las representaciones cognitivas que los agentes tienen sobre la organización y sus cambios posibles, véase para este tema Reitter y Ramanantsoa (1985); desde esta perspectiva es imposible separar los temas de la identidad de los actores y las estructuras de poder realmente actuantes.
 22. Frente a las aproximaciones *postmodernas* al hecho organizacional centrándolo en su dimensión retórica y su capacidad para crear *metáforas* de encuadramiento de la vida cotidiana (Morgan, 1986, Putnam, Phillips y Chapman, 1996), parece sociológicamente más apropiado, como hace Claudette Lafaye (1996), considerar a las organizaciones como *campos*, esto es, como espacios conflictivos relativamente autónomos de la actividad social, estructurados simbólicamente sobre posiciones y agentes en conflicto que tratan de valorizar todos los capitales (económicos, culturales, sociales, etc.) que poseen o pueden hacer entrar en juego (Bourdieu, 1997d: 12-23).

